

Rosa Ribas

# UN ASUNTO DEMASIADO FAMILIAR

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

ROSA RIBAS  
UN ASUNTO DEMASIADO FAMILIAR

1.ª edición: septiembre de 2019

© Rosa Ribas, 2019

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-723-1  
Depósito legal: B. 15.778-2019  
Fotocomposición: Moelmo  
Impresión y encuadernación: Black Print  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

# Índice

Primera parte . . . . .	19
Segunda parte . . . . .	225
Tercera parte . . . . .	337
Agradecimientos . . . . .	413

Lunes. Amalia bajó temprano a desayunar. A pesar del cenicero limpio y seco que había boca abajo en el fregadero, en la cocina quedaba el rastro del primer cigarrillo de su padre. Abrió la ventana. Desde que había dejado de fumar, a su madre las colillas le molestaban como miembros fantasma. Se preparó un café y una tostada que se comió de pie, con los oídos atentos a los posibles movimientos en el piso superior. Silencio. La medicación concedía a su madre un sueño tal vez artificial pero largo. Con el último sorbo de café bajándole por la garganta, subió de nuevo a su habitación.

Se sentó al ordenador a redactar el informe de un caso de absentismo laboral. Lo había cerrado el viernes, pero había aplazado el texto para tener ocupación al empezar la semana. Ahora, como si hubiera dejado la arcilla demasiado tiempo al aire, las palabras no acababan de despegarse de la masa solidificada que tenía en la cabeza. Y todo para resumir cinco días.

Lo podría haber resuelto en cuatro, pero el cliente había insistido en que fueran cinco. Así, cuando enfrentase al empleado a su falta, podría hacerlo con la mano bien extendida.

Al principio, Santiago Rosales, el protagonista de su informe, le había parecido una figura simpática, con sus andares patizambos, como si sus piernas estuvieran hechas para la motocicleta con la que se desplazaba de chapuza en chapuza, los picos de la camisa abierta aleteando a cuadritos.

El mayorista de materiales de construcción para el que trabajaba sospechaba hacía tiempo de sus frecuentes bajas por enfermedad. El dueño de Marfisa S.L., con la mirada engreída y viscosa de

quien se sabe poseedor de objetos de deseo irresistibles, se imaginaba, mejor dicho, estaba convencido de que los baños de las casas de los trabajadores estaban alicatados con «mis baldosas», las paredes remozadas con «mi yeso» y muchos metros de «mis tuberías» recorrían el interior de muros y paredes gracias a su donación involuntaria a la red de sisadores a los que empleaba. Era un mal endémico, decía, por eso hacía la vista gorda a los robos, siempre que se mantuvieran dentro de un límite. Además, mientras sus empleados se creyeran astutos e impunes, estarían satisfechos de sí mismos a la vez que siempre temerosos de ser descubiertos, por lo que procurarían no significarse. Eso se traducía, le contó el dueño de Marfisa S.L., en poca conflictividad laboral; lo que ella retradijo en que lo que le robaban lo compensaba con los aumentos de sueldo que no le pedían. Para mantener la ilusión, la empresa practicaba de vez en cuando algún escarmiento ejemplar, que le deparaba varios días sin robos, a los que seguían unas semanas de pequeños tanteos en forma de arandelas, tacos o paquetes de masilla y después se regresaba a los hurtos normales.

Santiago Rosales, que trabajaba en el reparto, no había tenido bastante con las sustracciones toleradas y, según el dueño de la empresa, se «había pasado de listo». Amalia pensaba que se había pasado de tonto. Y no soportaba a la gente estúpida. Con el malo de la película se simpatiza si es listo, aunque sea patizambo. Si no se cumple esta premisa, es que se ha nacido para esbirro, para recibir órdenes y cumplirlas. Cualquiera con un mínimo de cultura televisiva lo sabe.

Por lo visto, Rosales no había aprendido nada de las películas o miraba los programas equivocados. Si quería ganarse un dinero extra mientras cobraba la falsa baja, ¿tenía que hacer las chapuzas en su barrio? ¿No podía trabajar en la otra punta de Barcelona? ¿En Les Corts o en Sants? No, lo hacía en Sant Andreu, donde muchos lo conocían. Sí, lo entendía, precisamente por eso le salían chapuzas. Pero, por eso mismo también, otro trabajador de la empresa lo había visto y denunciado. Un caso trivial. La empresa solo necesitaba pruebas del engaño.

Terminó de escribir el informe y se lo envió a su padre. Le-

vantó la vista de la pantalla del ordenador. La habitación se había encogido desde que se había marchado de casa de sus padres y no parecía dispuesta a recuperar el tamaño que ella recordaba. Tal vez porque cada vez que la pisaba se repetía que su estancia allí era provisional, que, en cuanto saldase algunas deudas, empezaría a buscar un piso. Pero de momento era el único espacio que podía llamar suyo. El resto de la casa, como les sucede a los hijos retornados, ya no le pertenecía; a veces se golpeaba con los cantos de los muebles o tropezaba con las alfombras.

La casa seguía en silencio. Bajó al despacho y esperó sentada en uno de los tres sillones azules que conformaban una pequeña salita dentro del despacho, mientras su padre revisaba el informe y preparaba la minuta. Allí solían acomodar a los clientes para darles los resultados de sus investigaciones. El despacho olía a los cigarrillos de su padre, de Marc y de Ayala. Ella también había dejado de fumar. Sobre la mesita de cristal había un grueso cenicero de cristal tallado, que alguien había dicho que era de Bohemia, y un abanico de folletos de la agencia. Algo absurdo. Quien se sentaba allí ya sabía que eran detectives. El problema era la poca gente a la que eso parecía interesarle.

En cuanto su padre estuvo listo, Amalia se levantó y se cambió a una de las sillas frente al escritorio en las que recibían a los clientes.

—¿Tienes algo nuevo para mí? —preguntó.

—De momento no, pero acabo de mandar un par de ofertas. La primera de la que tenga respuesta positiva es tuya.

—Últimamente no nos llueven los encargos.

—Va a temporadas. Tal vez tengamos que hacer algo más de publicidad.

—¿Dónde? ¿En la revistilla de la Asociación de Vecinos?

—No seas tan sarcástica, Amalia. —Su padre metió la factura en un sobre junto con una copia del informe y lo dejó sobre la mesa.

Ella alargó la mano.

—Si ya está lista, se la llevo yo misma a los de Marfisa.

Era otra forma de matar el tiempo hasta la hora de comer. Al

coger el sobre quedó al descubierto otro con el logo de WHO, Walker, Huarte y Olesa, una agencia de detectives con oficinas en toda España. Su padre siguió su mirada y no pudo reprimir el gesto de taparlo con otro papel. Ella, con un movimiento rápido, sacó el sobre sin que él pudiera impedirlo.

—¿Por qué nos escriben los de WHO? —Su osadía no llegaba al punto de sacar la carta del sobre.

Su padre se echó hacia atrás en la silla y respondió evasivo:

—Querían encontrarse conmigo.

—¿Y?

—Ahora no, Amalia. Tenemos que hacer.

—Sabes que no. Venga, cuéntame: ¿por qué quieren hablar contigo?

—Hace tiempo que me van detrás. Quieren que nos fusionemos.

—¡Fantástico!

Ya en la segunda sílaba supo que no.

—Fusionarnos. Ellos lo llaman fusionarse, pero en realidad están absorbiendo a las pequeñas agencias. Cogen a los trabajadores y después las cierran.

Otra vez se le escapó una palabra de cuatro sílabas. Una de las favoritas de su padre, además.

—Estupendo.

—Nada de estupendo, y menos fantástico. ¿No has entendido lo que te he dicho? Cierran las agencias.

—Bueno, pues nos vamos todos a la Diagonal. ¿Has visto qué oficinas tienen?

La expresión de su padre se volvió torva. Trazó un arco con el brazo mostrando el despacho.

—¿Qué tiene esta de malo?

—La oficina en sí, nada. Pero estamos en el culo del mundo. —Esperó una réplica que no llegó—. Valdría la pena pensarlo, ¿no?

—Ya les he dicho que no estoy interesado.

—¿Sin consultarnos? Creo que deberíamos hablarlo entre todos, ¿no te parece?



—No hay nada que consultar. La agencia no está en venta. Punto.

—Y ni siquiera tenías intención de mencionarnos que había esta oferta, ¿verdad? Pensaba que en una empresa pequeña y, para más señas, familiar, las cosas se hablaban.

—La agencia la dirijo yo y creo estar capacitado para tomar las decisiones correctas para todos.

—El capitán que no solo se hunde con su barco, sino que también ha reventado los botes salvavidas.

—No te pongas dramática, hija. Aquí no se hunde nada. Es una fase de vacas flacas. Nada más. Y no quiero que una agencia grande nos absorba y nos convierta en meros empleados sin personalidad, sin independencia.

Un comentario más por su parte y tendrían una pelea en toda regla, pero no se encontraba en la posición de arriesgarse a ello. Si había allí alguien que carecía de independencia era ella. Levantó el sobre con la factura para señalar su rendición y abandonó el despacho.

Cerró la verja del jardín al salir. La caries inmobiliaria en los setenta arrancó muchas casas bajas y las sustituyó por bloques de pisos, sin embargo, el barrio apenas se había desprendido de su carácter de pueblo, aunque llevaran un largo siglo diciendo que formaba parte de Barcelona. Su casa, la del indiano, con sus dos plantas y un porche con dos altas columnas, destacaba entre construcciones bajas en la calle Malats. Su tatarabuelo, Magí Obiols, había vuelto rico de América y la levantó en el pueblo del que procedía, porque la envidia de los desconocidos no produce tanta satisfacción como la de los viejos conocidos.

Una calle pueblerina en un barrio que había sido un pueblo y en el que la gente decía que iba a «la ciudad» cuando se acercaba al lejano centro de Barcelona, por más que tuvieran metro. ¿Quién iba a contratar a unos detectives cuyo despacho se encontraba en semejante dirección?

Al llegar a la esquina el crujido lastimero del sobre con el informe le advirtió que si seguía golpeándolo contra el muslo acabaría arrugado. Aflojó la marcha.

¿Vender la agencia? ¿Trasladarse? Cogió el sobre de WHO, lo partió por la mitad y lo tiró a la papelería. Dio el tema por zanjado. Entonces cayó en la cuenta de que se había precipitado. Si se hubiera tomado un poco más de tiempo, podría haber reescrito el protocolo del seguimiento de Amalia y añadir cinco o seis horas más de trabajo. Era perfectamente asumible por el cliente y le vendrían muy bien a su hija. La situación económica de la agencia no le permitía ponerla de nuevo en nómina.

Cogió el teléfono para llamarla. El aparato protestó con un timbrado.

—Hernández, detectives.

—Mateo, tengo un problema. —La voz del dueño de la farmacia de la calle Arbúcies—. Se nos ha metido gente en el piso de mi madre.

—Para empezar, buenos días, Eduard, y para seguir, no entiendo por qué me lo cuentas a mí.

—Perdón, buenos días, Mateo. Es que hay gente viviendo en el piso que era de mi madre. Ocupas.

—¿Y? —Palpó varias pilas de papeles buscando el tabaco.

—Que pensaba que podrías ayudarme a sacarlos.

—Te equivocas de rama. No somos matones. Llama a la policía.

—Ya lo he hecho, pero me dan largas. Y me habían dicho que...

—Pues te han dicho mal.

Lo encontró justo debajo de la copia de la factura de Marfisa.

Volvió a enfadarse por las prisas. «Seis horas podría haberle colado.»

—Pero... es que... me pareció entender que... —Sonaba abochornado, pero no colgaba—. Es que me dijeron que... vosotros... a veces...

No era cuestión de perder un posible trabajo. Tocaba dar un paso más.

—¿Quién?

—Violeta, la de la papelería.

—¿A santo de qué?

—Le estaba contando lo del piso y me dijo que tal vez tú...

—¿Había alguien más en la tienda?

—No. Estábamos solos.

Aprovechó el silencio al otro lado para encenderse el cigarrillo.

—¿Seguro?

—Por completo. Hasta cerró la puerta de la calle.

Bien.

—Estamos desesperados, Mateo. Nos piden dinero por salir del piso. Es un chantaje. No sabes cuánto te lo...

—Está bien. Igual puedo ayudarte. Aunque nosotros no hacemos estas cosas, que te quede claro.

—Clarísimo, Mateo.

—Pero igual conozco a alguien.

—Sí, vale.

—Pero te queda claro que no somos nosotros, ¿verdad?

—Muy claro. Lo que tú digas.

—No, no porque lo diga yo. Porque es así.

—Por supuesto.

—Bien. Pues dame los datos y dame también unos días.

Tomó nota de todo. Después llamó a Daniel Ayala, su colaborador desde que había fundado la agencia. Su hombre de confianza.

Ayala le dijo que pasaría por la tarde. Él decidió salir a la calle.

La calle era gente, y la gente, una fuente de información. Las

aceras, las tiendas, los portales, los mercados, los bares estaban tomados por el parloteo, por la necesidad de hablar. Hablaban las dos mujeres cargadas de bolsas que bloqueaban la acera, la pareja de paso sincronizado a la que adelantó, el vendedor chino y el cliente vislumbrados a través del escaparate del bazar, un grupo de adolescentes apelonados alrededor de un banco intercalaba palabras entre gritos y risas, una madre hablaba a la vez al bebé en el cochecito y al móvil. Lo raro, lo que despertaba suspicacia, eran dos personas caminando juntas en silencio; la máquina de las conjeturas se ponía enseguida en marcha, ¿por qué no se hablan? Si incluso se habían parado a conversar esos dos hombres con los que acababa de cruzarse y de los que sabía que se despreciaban mutuamente. La gente lanzaba información al aire como purpurina; la mayor parte se quedaba en el suelo, minúscula e inane. Pero a veces, una partícula diminuta se unía a otra y la alquimia de la casualidad las convertía en oro.

Hoy, por lo visto, tocaba morralla.

De pronto, percibió movimientos extraños en la acera opuesta. Un paso hacia delante, un pequeño giro a la derecha, otro a la izquierda, otro paso indeciso, cambio de dirección. Enric Moltó prefería dar media vuelta antes que cruzarse con él. Había sido cliente suyo hacía un año. Después le retiró hasta el saludo. Porque habían hecho bien el trabajo.

Moltó era el dueño de una tienda de muebles en el barrio. Los había contratado porque creía que alguno de sus empleados estaba robándole. Las cuentas no le salían. Moltó temía el doloroso momento en el que los detectives le confirmaran sus sospechas; aún más temía el nombre que le pudieran dar, ya que todos sus empleados llevaban muchos años trabajando para él. Y aunque, según había dicho él mismo, estaba preparado y había recurrido a Mateo por la confianza de ser del barrio, no soportó la vergüenza de que descubriera que quienes le estaban robando no eran sus empleados, sino sus yernos. No uno de ellos, los dos.

Pagó la factura de la agencia al contado. Al marcharse le dijo: —Has roto mi familia.

Desde que echó a los yernos de la empresa, Moltó no se hablaba con sus hijas. Y esquivaba a Mateo.

Lo vio huir hasta la siguiente esquina.

No era la única persona que lo evitaba porque sabía demasiado. No todo el mundo es capaz de afrontar ciertas verdades, y lo consideraban culpable de las consecuencias.

El sol tibio de principios de octubre lo invitó a sentarse en una terraza de la plaza Orfila. Echó un vistazo al interior. Allí estaba, como tantas mañanas, Merceditas, la diosa doméstica del local.

Un bar no es un bar si no tiene a algún cliente raro por el que los dueños sienten una mezcla de compasión y grima: un jubila-do de perenne malhumor, una alcohólica verborreica y algo pendenciera, un loco inofensivo, si bien a veces histriónico, un extranjero taciturno. Un bar empieza a ser un bar de verdad cuando uno de estos penates lo elige para quedarse en él y sentarse horas y horas en un taburete al final de la barra junto a la pared. Los dueños les ofrecen café o cervezas con un «ya me lo pagarás» para no ofenderlos.

Ese bar estaba bajo los auspicios de Merceditas. A sus sesenta años había pasado la mayor parte de su vida cuidando a sus padres enfermos. Cuando estos decidieron morir, lo hicieron muy tarde y casi a la vez, dejándola sin quehacer, sin sentido. Sus padres la habían convertido en una planta de interior, de modo que no le interesaban los viajes y, durante las largas jornadas en casa, había leído todo cuanto le pudo ofrecer la biblioteca municipal. Encontró ese bar a la vuelta de la esquina y se instaló allí para tener suficiente ruido de fondo mientras recuperaba el tiempo perdido y trataba de acostarse por lo menos una vez con todos los hombres de los que se había enamorado platónicamente a lo largo de los años. No le iba mal.

—¡Qué bueno estás, Mateo! —le dijo al verlo.

Él le devolvió el saludo y se sentó en la terraza.

—Tú también caerás, detective —le llegó desde el interior.

—No te digo que no.

Entre los clientes del bar reconoció a un moroso tomando

un café, y a dos de los amantes ocasionales de Merceditas. Por la calle vio pasar a dos adúlteros, hombre y mujer; a uno que no sabía que su hija no estaba yendo a clases de inglés sino de teatro; a una mujer que se había arreglado la cocina a costa del seguro, provocando ella misma un pequeño incendio; a otro que tenía realquilado un piso patera en la Rambla del Once de Septiembre; al albanés que hacía de estatua humana en Las Ramblas; al farmacéutico que le había pedido que lo liberara de los ocupas. Interrumpió el repaso de sus conocimientos cuando, doblando la esquina, apareció a buen paso una figura familiar. Dejó el dinero sobre la mesa y le salió al encuentro.

—No huyas —le gritó Merceditas.

Él se volvió y le guiñó un ojo.

El cuerpo de la mujer ondeó de risa sobre el taburete.

—¿Adónde va, padre? —preguntó Mateo, y le dio dos besos.

—A casa. Vengo de dar una vueltita. Hoy he bajado hasta la plaza de las Glorias. A ver las obras.

—¡Menudo paseo!

—Eso no es nada. Ayer me fui hasta el Poblenou.

Desde que se había jubilado, su padre caminaba y caminaba, todavía tras esa ciudad siempre huidiza con los foráneos. Tan rápido que su madre no quería acompañarlo.

En cierto modo, ya eran así los paseos dominicales de su infancia. Su hermano Basilio y él se movían entre los ritmos desacompañados de sus progenitores. Su padre andaba deprisa, como si esperase encontrar a saber qué a la vuelta de la próxima esquina. Su madre, en cambio, se quedaba encandilada delante de un escaparate, contemplando las macetas de un balcón, preguntándose el porqué del nombre de una calle, admirando una verja historiada. Y ellos, sobre todo cuando eran pequeños, no sabían si seguir los pasos acelerados de su padre, que continuaba caminando, sin darse cuenta de que su mujer se había detenido, o mirar lo que ella les señalaba con entusiasmo. En esos momentos se crearon los vínculos y los hábitos que todavía regían la familia: Basilio se quedaba con ella y él perseguía a su padre, sobre todo para frenarlo, para que esperase a los otros dos.

—Lo acompaño a casa.

Se puso a su derecha, como siempre, una posición adquirida desde niño. Al hijo mayor se lo lleva con la mano buena. Esperó a que él reanudara la marcha para acomodar el paso.

—¿Has hablado últimamente con tu hermano? —le preguntó su padre sin volverse hacia él.

No. Pero ya se imaginaba qué le quería contar.

—Parece que la tienda no marcha muy bien.

—Recuerde, padre, lo que hablamos la última vez. No le den más dinero.

—Pero es que tu madre...

—Los va a arruinar también a ustedes.

Su padre callaba. Seguía sin mirarlo y Mateo entendió que lo habían vuelto a hacer. Un perro se empeñó en pasar entre ellos. La dueña lo riñó pero no hizo nada para evitarlo.

—Bastaba un tironcito de la correa —dijo su padre enfadado porque había tenido que bajar a la calzada y un coche le había pitado.

Mateo no aceptó el cambio de tema.

—Tendré que hablar con Basilio. Esto no puede seguir así.

Y aunque su padre le dijo que no era necesario, que era la última vez que le daban dinero, que... La mirada todavía baja y el escaso énfasis en la voz mostraban que en realidad deseaba que lo hiciera.

Tras dejarlo delante de la puerta de la casita en la que se había criado, se dirigió a la tienda de Basilio.

Desde la calle vio que no había ningún cliente dentro, solo aparatos que picaban, trituraban y exprimían la renta de sus padres. Empujó la puerta. La campanilla sacó a su hermano de la trastienda. Mateo no tuvo que decir nada, Basilio entendió al instante el motivo de la visita.

—Es un préstamo, ¿vale? Para capear —le dijo mientras se colocaba detrás del mostrador.

—¿Otro? ¿Les has devuelto alguna vez un solo euro?

—No es asunto tuyo.

—Por supuesto que lo es, Basilio, los estás desplumando.

Su hermano se cruzó de brazos.

—Que sea la última vez que les pides dinero.

—Y si no, ¿qué? ¿Qué harás? ¿Vas a mandarme a alguno de tus matones para que me parta una pierna?

—¿Cómo?

—No te hagas el ofendido, Mateo, que venimos del mismo lugar y, mal que me pese, conocemos a la misma gente. Además, tienes una fama.

La sonrisa soberbia de su hermano le hizo perder el control.

—Pues entonces, sabes a qué te expones.

—¿Me amenazas? ¿Amenazas a tu propio hermano? —Salió de detrás del mostrador apuntándolo con un bolígrafo—. Pero ¿quién te crees que eres?

—Basilio...

—Basilio, ¿qué? —Su hermano se plantó a pocos centímetros levantando el pecho—. ¿Sabes lo que eres? Un mafioso, un quinqui de barrio al que le han dado una licencia de detective y se cree que es alguien. Pero solo eres un detective de medio pelo...

Dos años y medio significaban una era geológica en su infancia. Ahora eran ambos cincuentones, pero los hermanos mayores sobrellevan con dificultad que los menores les echen en cara algo que ponga en duda su superioridad. Agarró a su hermano por las solapas de la chaqueta.

—Entonces ya sabes de lo que soy capaz. Si les sigues sacando dinero a los padres, las piernas te las parto yo en persona.

Basilio se soltó de un manotazo.

—Atrévete.

Los separó la campanilla de la puerta.

Su hermano tenía un cliente; él todavía no.